

años que vivió el Salvador sobre la tierra, hace los setenta y dos años que vivió la santísima Vírgen.

Algunos antiguos padres, y entre otros san Epifanio, parece dudan si la Madre de Dios murió verdaderamente ó si permaneció inmortal, y fue llevada en cuerpo y alma á los cielos. Su concepcion inmaculada y su maternidad divina parece autorizan esta duda, la que se les representaba bastantemente fundada. Pero la Iglesia dice claramente en la oracion de la misa del dia de la Asuncion, (y este es el comun sentir de toda la Iglesia) que la santísima Vírgen murió verdaderamente segun la carne: *Quam pro conditione carnis migrasse cognoscimus*. Y ciertamente, no habiendo querido Jesucristo dispensarse de morir, no se podia creer que María hubiera sido exenta. Es verdad que san Juan Damasceno con algunos otros santos padres dice, que su tránsito no se puede llamar muerte, sino mas bien un dulce sueño, una union mas íntima con Dios, y un pasar de una vida mortal á una inmortalidad bienaventurada; y la mayor parte de los antiguos, al tratar de la muerte de la santísima Vírgen, han intitulado sus obras: *De Dormitione*, del sueño de la santísima Vírgen.

En efecto, quien rompió los lazos naturales que tenían unida el alma con el cuerpo, no fue ni lo caduco de la vida, ni la inclinacion de la edad, ni la violencia de la enfermedad, ni la alteracion y trastorno de los humores, ni un desfallecimiento de la naturaleza, dicen los santos padres; quien hizo esta separacion por algunas horas fue el fuego del puro amor divino. Fue necesario un milagro continuo, dice san Bernardo, para que los lazos naturales, que unen el alma con el cuerpo, pudiesen subsistir en medio del fuego ardiente del amor divino, de que el alma de la santísima Vírgen estaba abrasada desde el primer instante de su inmaculada concepcion. En su muerte suspendió Dios este milagro; y ved aquí cuál fue la causa de esta preciosa muerte. Llegados que fueron el dia, la hora y el feliz momento que la santísima Vírgen debia acabar esta vida mortal, no suspendió el Señor el efecto de aquel fuego sagrado, le dexó obrar segun toda su fuerza sobre aquel corazon sin mancha, y sobre aquel santuario del amor divino. Entonces, no pudiendo este santo

corazon sostener por mas tiempo sus esfuerzos, abrasado y consumido con aquellos divinos ardores, terminó sin dolor la mas pura y la mas santa de todas las vidas. La santísima Vírgen, abrasada en el fuego del amor divino, no vivió sino por milagro, segun el pensamiento de san Bernardo, y solo cuando cesó este milagro, acabó sus dias. O la santísima Vírgen no debia morir, dice san Ildefonso, ó si habia de morir, habia de ser de amor.

§. XXVIII.

Muerte feliz de la santísima Vírgen.

Sucedió esta preciosa muerte en Jerusalem en casa de María, madre de Márcos, en donde estaba hospedada. Informada la santísima Vírgen del dia y hora en que habia de dexar la tierra para ir á vivir eternamente en el cielo, lo hizo saber á los fieles que estaban en Jerusalem. Esta nueva los afligió; porque, en fin, despues de la ascension del Hijo de Dios, María, madre de Dios, era todo el consuelo de la Iglesia. San Juan, feliz depositario de este tesoro, no la dexaba un punto; antes bien procuraba mas que nunca hacer con ella todos los oficios que el mas amante de todos los hijos podia tributar á la mas querida de todas las madres. Estaba sentada María en una pequeña cama, desde donde consolaba á todos los fieles que estaban presentes, y á quienes tenia inconsolables el pensamiento de una separacion tan amarga. Aseguróles que así como Jesucristo era su soberano y todopoderoso mediador con el Padre eterno, así ella sería su soberana y todopoderosa mediadora y abogada con su hijo en la feliz mansion de la gloria.

Mientras que todos los fieles se apresuraban por ir á recibir su última bendicion, se viéron llegar á la sala, por un prodigio de que sola la santísima Vírgen sabia el secreto, todos los apóstoles, menos santo Tomás, y tambien algunos de los discípulos que estaban esparcidos por el mundo; los cuales se encontraron transportados milagrosamente á la sala donde estaba la Vírgen, para tributar los últimos obsequios á la Madre de Dios, á la cual honraban y amaban todos como á su querida madre. San

Dionisio Areopagita, que tuvo la dicha de hallarse presente, nombra en particular á san Pedro, al cual le llama la suprema cabeza de los teólogos; á Santiago por sobrenombre el hermano del Señor; y á los otros, príncipes (como él los llama) de la gerarquía eclesiástica; y á mas de éstos, á san Timoteo, primer obispo de Éfeso, y á otros muchos discípulos de los apóstoles, de cuyo número era el mismo san Dionisio; el que cuenta todo esto como testigo de vista en la carta que escribió despues al mismo S. Timoteo. Ved aquí sus palabras: *Quando nos quoque, ut nostri, et multi ex sanctis nostris fratribus ad contuendum corpus quod vitæ principium dedit, et Deum suscepit, convenissemus: (aderat autem et Domini frater Jacob, et Petrus suprema et antiquissima theologorum summitas) et visu sacro corpore, placuit omnibus, prout quisque poterat, hymnis celebrare infinitam bonitatem divinæ potentiæ.* Nos encontramos, dice, todos juntos, como sabes, con los santos apóstoles y muchos de nuestros hermanos, para obtener el consuelo de ver por la última vez á la que habia concebido y parido al que es el principio de la vida, á Dios hecho hombre, principio de nuestra salvacion. (Jacobo, por sobrenombre el hermano del Señor, estaba presente, como tambien Pedro, príncipe de los apóstoles, y supremo maestro de aquella ciencia que tiene por objeto á Dios y á las cosas reveladas por Dios). Habiendo, pues, visto aquel santo cuerpo, nos pareció á todos honrarle lo mejor que pudiésemos con himnos y cánticos, y alabar la bondad infinita y la omnipotencia de Dios, que habia hecho tantos prodigios en su favor. Hasta aquí son palabras de san Dionisio, referidas por san Juan Damasceno, de las cuales se sirve la Iglesia en el oficio de la Asuncion el día diez y ocho de agosto, que es el cuarto de la octava.

Estando la santísima Virgen en medio de una tan santa, tan escogida y tan respetable asamblea, consolando á todos sus queridos hijos, los que estaban hechos un mar de lágrimas, despues de haber exhortado á los apóstoles y discípulos á predicar el evangelio con mas ánimo y zelo que nunca, ofreciendo á toda la Iglesia su poderosa proteccion y su ternura, vió comparecer al Salvador,

el cual, acompañado de todos los coros de los ángeles, y de todos los habitantes de la corte celestial, venia á recibir su bienaventurado espíritu, y conducir, como en triunfo, aquella alma tan pura y tan santa á la estancia de la bienaventurada inmortalidad. A este tiempo el alma de la santísima Virgen, abrasada de todo el ardor del divino fuego que ya no guardaba medida, se desunió por sí misma de su santo cuerpo, y fue llevada en triunfo hasta el trono del mismo Jesucristo, como dice san Agustin: *Angelicam transiens dignitatem, usque ad summi Regis thronum sublimata est.* Inmediatamente que espiró la santísima Virgen, todo el cuarto se llenó de una luz milagrosa, mas resplandeciente que la del sol. Toda la milicia celestial, dice san Gerónimo, salió al encuentro á la Madre de Dios, cantando himnos y cánticos á honra suya, los que fueron oidos de toda la asamblea: *Militiam caelorum cum suis agminibus, festive obviam venisse Genitrici Dei cum laudibus et canticis, &c.* No era justo, dice san Agustin, que María fuese colocada en la gloria en otra parte, que en donde está aquel á quien parió: *Non enim fas est alibi te esse, &c.*

Luego que la santísima Virgen hubo dado su espíritu, todos se postraron á sus pies, besándolos con un profundo respeto, y regándoselos con sus lágrimas. Todos los fieles que estaban en Jerusalem y en aquellos contornos fueron á toda prisa, con una devocion la mas tierna, á honrar aquel santo cuerpo, que habia sido el santuario hecho carne, y que era el objeto mas digno de la veneracion de los hombres y de los ángeles que habia habido sobre la tierra. No se presentó ningun enfermo que no quedase curado allí mismo; y san Juan Damasceno, que nos conservó y traspasó á nosotros lo que habia recibido de la mas antigua tradicion, dice que hasta los judíos no convertidos experimentaron los efectos de su poder, y participaron de sus milagros.

Satisfecha la devocion de los fieles, se llevó aquel sagrado depósito al lugar de la sepultura, que fue en la aldea de Getsemaní, distante como unos trescientos ó cuatrocientos pasos de Jerusalem. Los apóstoles llevaban las andas, y todos los fieles, seguian con hachas encendidas, cantando himnos y cánticos. El santo cuerpo fue puesto

con gran respeto en el sepulcro que se le habia dispuesto; el cual se cerró con una gran piedra.

Juvenal, patriarca de Jerusalem, que vivia en el quinto siglo, escribiendo al emperador Marciano y á la devota emperatriz Pulqueria, dice que los apóstoles, alternando unos con otros, pasaban el día y la noche con los fieles junto al sepulcro, mezclando sus voces y sus cánticos con los de los ángeles, los que por espacio de tres días no cesaron de hacer oír la mas armoniosa melodía, la que fue oída de todos cuantos estaban presentes, habiendo empujado en el mismo instante que espiró la santísima Virgen, como lo afirma san Juan Damasceno.

§. XXIX.

La gloriosa asuncion de la santísima Virgen á los cielos.

No se sabe fixamente el tiempo que este precioso y sagrado depósito estuvo en el sepulcro. Algunos creen que apenas fue sepultado el santo cuerpo, cuando se volvió á unir con el alma, y fué llevado milagrosamente al cielo; pero parece mas verosímil que el cuerpo de la santísima Virgen, á imitacion del de su divino Hijo, estaria tres días en el sepulcro; tiempo en que se oyó día y noche la armoniosa melodía de los ángeles, de que hemos hablado. Lo que hay en esto de cierto, segun san Juan Damasceno, y la mayor parte de los padres griegos y latinos, es que santo Tomás era el único apóstol (de los que se hallaban en vida) que no se habia encontrado en la muerte de la santísima Virgen, habiéndolo permitido así Dios, para manifestar su gloriosa asuncion en cuerpo y alma á los cielos; prodigio que tal vez se hubiera ignorado, si hubiera estado presente con los demas apóstoles cuando murió la santísima Virgen. No habiendo parecido santo Tomás sino despues de las exéquias de esta madre de los fieles, suplicó con las mayores instancias le permitiesen siquiera tener el consuelo de ver aquel santo cuerpo, que habia llevado dentro de sí por nueve meses al autor de la vida. Se creyó ser muy

debido satisfacer su devocion; abrióse, pues, el sepulcro, y quedáron todos gustosamente sorprendidos, dice el mismo san Juan Damasceno, al no encontrar en él otra cosa que los paños y lienzo en que habia sido envuelto, los cuales exhalaban un olor exquisito, que se esparció por todo el ambiente, y le percibiéron todos los fieles. Admirados de un tan gran prodigio todos los que se hallaban presentes, volviéron á cerrar el sepulcro, convencidos á que el Verbo divino, que habia querido encarnar y hacerse hombre en las entrañas de la santísima Virgen, no queria, continúa el mismo Padre, que un cuerpo tan puro estuviese sujeto á la corrupcion, sino que habia querido resucitarle tres días despues de su muerte, y le habia hecho entrar triunfante en la gloria antes de la resurreccion general: *Post tres dies; angelico cantu cessante, qui aderant apostoli (cum unus Thomas qui abfuerat, venisset, et quod Deum susceperat, corpus adorare voluisset) tumultum aperuerunt; sed omni ex parte sacrum ejus corpus nequam invenire potuerunt, cum ea tantum invenissent in quibus fuerat compositum, et ineffabili, qui ex iis proficisciebatur, essent odore repleti. Loculum clausurunt, ejus mysterii obstupefacti miraculo, hoc solum cogitare potuerunt, quod, qui placuit ex Maria virgine carnem sumere, et hominem fieri, et nasci cum esset Deus, Verbum Dominus gloriæ: quique post partum incorruptum servavit ejus virginitatem, eidem etiam placuit; et ipsius postquam migravit immaculatum corpus incorruptum servare et translatione honorare ante communem et universalem resurrectionem.* Habiendo conservado el Verbo divino y el Señor de la gloria á su amada madre siempre pura, siempre sin mancha y siempre virgen antes y despues de su parto; quiso tambien que aquel cuerpo tan puro y tan santo fuese incorruptible, y gozase desde su muerte de todos los dotes de los cuerpos gloriosos. Todo esto es de san Juan Damasceno. En toda esta historia se descubre una providencia del Señor muy particular; pues así como permitió Dios que santo Tomás no se hallase con los demas apóstoles y discípulos congregados, cuando se les apareció Jesucristo la primera vez despues de su resurreccion, para que metiendo este apóstol, demasiado incrédulo, su mano en la llaga del costado del Salvador, y viendo con

sus propios ojos las cicatrices de sus manos y de sus pies, diese á todos los siglos venideros un testimonio incontable de la resurrección de su divino Maestro; á este modo, parece permitió el Señor que este mismo Apóstol no se encontrase en la muerte de la santísima Virgen, para que con motivo de su ausencia se asegurasen todos de la verdad de su gloriosa ascension en cuerpo y alma á los cielos.

Y ciertamente convenia, como dice san Agustín, que el Salvador no dexara en el sepulcro un cuerpo tan puro, del cual habia sido formado el suyo; una carne, que en algun modo era la suya propia (*Serm. 1. de Assumpt.*): *Caro enim Jesu, caro Mariæ.* No puedo creer, continúa el santo Doctor, que el cuerpo en que el Verbo divino se hizo hombre, fuese dado por presa á los gusanos y á la corrupcion; solo el pensarlo me estremece y horroriza. ¿Quién podria imaginar, y quién osaria creer, dice el mismo san Agustín, que Jesucristo, que conservó la integridad de la madre durante su vida, no la habia de preservar de la corrupcion despues de su muerte? *Illud sacramentissimum corpus, in quo Christus carnem assumpsit, escam vermibus traditam, quia sentire non valeo, dicere pertimesco. Quid hoc est? In vita Christus matrem integram servavit, et in morte illius corpus incorruptum non servaverit?* ¿Por ventura le era mas mas difícil conservar la integridad de su madre viva, que preservarla difunta de la corrupcion? Y si el cuerpo de los predestinados debe estar enteramente en el cielo, ¿se puede imaginar que el sagrado cuerpo de su beatísima madre habia de quedar hasta el fin de los siglos sobre la tierra? Este divino Salvador, que hace se honren en todas partes los huesos y cenizas de sus siervos, y que autoriza con tantos prodigios el culto que se les da, ¿dexaria las reliquias de su santísima madre en la obscuridad, en el olvido y sin culto? Pues esto sucederia, si este santo cuerpo hubiese quedado sobre la tierra, y si no se hubiera dado priesa el Señor á ponerle en el cielo.

¿Qué felices somos, dicen todos los santos PP. en tener en el cielo una tal protectora, y una tal abogada que tiene en sus manos todos los tesoros de las misericordias del Señor! como dice el B. Pedro Damiano: *In manibus ejus*

sunt thesauri miserationum Domini. Se puede decir que desde los primeros siglos de la Iglesia han mirado los fieles el misterio de la gloriosa ascension de la santísima Virgen al cielo como una de las mas célebres y mas solemnes festividades de la Iglesia. Veis aquí el día tan respetable, carísimos hermanos, dice san Agustín, el día que excede á todas las solemnidades que celebramos en honor de los santos; el día tan augusto y de tanto consuelo, y el día tan bello en que creemos que la vírgen María pasó de este mundo á la mansion de la gloria. Resuene toda la tierra con alabanzas y clamores de alegría en el glorioso día de su triunfante ascension: *Laudes insonet universa terra cum summa exultatione tantæ virginis illustrata excessu.* Porque ¿qué indignidad no sería el no honrar de un modo extraordinario la solemne festividad de aquella, por quien recibimos al autor de la vida? continúa el mismo santo Doctor. Este es uno de los días mas célebres del año, dice el B. Pedro Damiano; pues es el día en que la santísima Virgen, digna por su nacimiento del trono real, ha sido elevada hasta el trono del mismo Dios, y colocada tan arriba, que se atrae todas las miradas y excita la admiracion de todos los ángeles. Quiere el Beato dar á entender por estas expresiones, que la santísima Virgen está puesta en el cielo sobre todo lo que no es Dios, y que solo Dios está mas alto que su madre. A la verdad el misterio de este día es sobre todo cuanto podemos decir; y san Bernardo no tiene dificultad en afirmar, que la ascension de María es tan inefable casi como la generacion de Jesucristo: *Christi generationem, et Mariæ assumptionem, quis enarrabit?* Penetrados de admiracion los santos padres á vista de una gloria que deslumbra á los mismos ángeles, no hablan de élla sino con unos términos entusiásticos; y convienen todos en que el espíritu humano es demasiado limitado, y la elocuencia demasiado débil para dar una justa idea de la incomprensible gloria, y de la triunfante ascension de la santísima Virgen.